

JAIME NO ES BILLARISTA

JAIRO OSORIO GÓMEZ*

El buen billarista lo que demuestra es una juventud mal utilizada. En tal sentido, se ve que Jaime invirtió mejor su juventud, al estudiar cosas que a lo mejor le sirvieron para vivir bien su vida. Ser mal billarista conjetura un intelectual bien formado.

III.

“Cuando vine pa’ este barrio, de la mano de
mis viejos
era un pibe que soñaba con los cuentos de Vigil,
y aprendí desde purrete a charlar con las
estrellas
y encontré por esa huella a mi barra juvenil”.

* Apartes del libro *Jaime no es billarista*, del periodista e historiador Jairo Osorio, publicado en octubre de 2009 [Fondo Editorial ITM].

[“Un tango para el recuerdo”, Antonio Cantó-Rafael del Bagno]

A sus setenta y dos años, Jaime Jaramillo Panesso es, como lo fue de joven y de adulto, un hombre sin apegos.

Un hábitat sobrio, silencioso, fresco, ubicado sobre el comienzo de la loma del Poblado, guarda ahora los días tranquilos del hombre que todos coinciden en ejemplificar como el buen ciudadano y la mejor persona. La biblioteca del estudio auxiliar contiene diccionarios de temas diversos: filosofía, política, literatura y lenguaje, temas jurídicos, de ciencias sociales... y del país. De tangos, claro. Un volumen grueso, sobre la revaloración de Mao, de Jung Chang y Jon Holliday, sobresale por encima de las publicaciones comunes de todos los hogares donde se convive con niños: enciclopedias infantiles y vademécums caseros. Un “Pichuco” Troilo en escultura de yeso y los figurines de rostros mutilados del artista Gustavo Jaramillo, enfrentados a un Quijote en bronce, me dicen de su cultura humanística y variada. Un libro reciente sobre los músicos Obdulio y Julián, y un CD de Barbarito Díez, tirado en la mesa redonda del estudio, me introducen al ámbito más íntimo de Jaime.

Su biblioteca personal, contigua al primer estudio, y la discoteca exclusiva con centenares de piezas, en los muebles empotrados del corredor de su apartamento, son ya el otro universo de sus años: el de su formación entre filósofos, politólogos, narradores literarios, poetas, cantores y orquestas. Una mezcla vasta y densa de autores, que cita poco, pero que vive mucho, en cada una de sus obligaciones de intelectual.

El escritorio donde lee y escribe lo heredó de su padre. Es un mueble bello, de madera en comino crespado, de 1930.

Rememorando sus avatares de juventud, entre whiskies bien degustados, me sorprende que, a su edad y dignidad, todavía se emocione con los lanzamientos fuertes y ambiciosos de Ronaldo, y los piques arrebatados del juvenil Messi, en el partido televisado del Manchester de Inglaterra y Barcelona Fútbol Club, en la final de la Copa Europea 2009. Hierático, pegado a la pantalla, esa tarde, concluyo que el fútbol, al igual

que la canción popular, también es un apéndice de la herencia de barrio, que le vino por la vía de sus parientes mayores. “A mí me ha formado mucho el tango”, me dice, en medio del ruido de la locución deportiva. Colijo, entonces, que balompié y música van de la mano en su vida de arrabales.

Futbolista de niño —¿qué otra cosa se hizo durante los años cincuenta y sesenta, sino patear balones en las aceras y calles de los suburbios nuevos de Medellín?—, Jaime fue defensa y capitán del equipo de muchachos en Boston, ese barrio de allegados donde tres barras de generaciones, simultáneas, compartían las mesas del “Manhattan” del parque: los viejos fundadores del barrio, los profesionales —maestros y médicos que tanta fama le dieron a esa cofradía inocente de intramuros pueblerino—, y los adolescentes que también eran partícipes de la vida pública de los cafés.

A Jaime le tocó disfrutar el fútbol amateur en el hipódromo de San Fernando, antes de que esos terrenos devinieran en la Central Mayorista de Itagüí. En el centro de la pista de carreras de caballos estaba la cancha rudimentaria, pero suficiente para alentarles a los niños de entonces la pasión por aquel deporte. Hinchaba del “Huracán”, un equipo de entusiastas, pero nada de pergaminos, sus ardores de adolescente los calmó en aquellos años 1953-1954 gracias al afecto de su tía Teresita, quien lo llevaba cada domingo. La gente iba hasta el hipódromo para aprovechar las dos escasas aficiones de la época: el fútbol y las carreras de caballos.

Su padre Antonio Jaramillo Escobar Ochoa ejerció de abogado. En la Monografía sobre Envigado, de 1930, aparece la esquila de su vida, al lado de la reseña de ‘Cosiaca’, el embaucador que los paisas tuvieron de referente humorístico por muchos años. Antonio Jaramillo fue pariente de Fernando González por lo Ochoa. Igual, tuvo el Lalinde por algún lado, y presbítero propio en la familia, Víctor Escobar Lalinde. El aire monacal de Jaime proviene, sin duda, por esta punta.

Papá Antonio alquilaba fincas durante las vacaciones de julio y fin de año, para disfrutar de la cercanía con la gente del campo, y para inculcar en sus hijos el valor de la humildad y la tranquilidad de la tierra. Cosa que parece que no heredó su hijo, con ese apego, a veces ofensivo, a lo citadino. En las fiestas de Navidad, el padre mataba cerdos para celebrar con los labriegos, y agasajar a los niños de las veredas.

Alto, flaco, con una cierto aire de poeta barbajacobiano, padre Antonio siempre vivió en casas grandes con alberca y mangas para mantener animales en el hogar, una costumbre paisa que todavía pervive en algunos sectores. En la que tuvo en Enciso, de más de media cuadra de terreno, al frente de la iglesia del Niño Jesús de Praga, y en una calle de rieles que la memoria de Jaime recuerda intacta, la familia cuidaba pavos reales, gallinas, perros, monos y, no sé por qué, imagino que chivos, dentro del vallado de piedra que encerraba la residencia. Las fotos del álbum familiar delatan ese aire bucólico de la progenie antioqueña, y la perversión con la que gozaban las costumbres decembrinas: En una de las imágenes, el niño Jaime levanta la cabeza del cerdo sacrificado, después de cabalgarlo por el patio, y antes de la puñalada del ceremonial de vacaciones, la matada del marrano.

Cierta vez que papá Antonio llegó de Turbo, sorprendió a sus hijos con un canasto lleno de cangrejos azules, grandes y altaneros, que sobrevivieron al cruce inverosímil de “La Llorona”, aquel paso mítico de la vieja carretera al Golfo que enorgullecía a los paisas. Lo hizo solamente por el prurito de que sus vástagos conocieran los animalejos de mar, del Caribe colombiano. Lo logró, pero durante muchos días sus niños anduvieron asustados, huyéndole a los ojos saltones de las jaibas astutas.

Era tal el afecto que desarrollaban estos niños Jaramillo con los animales que les regalaba su padre, que cuando murió un mono tití que tuvieron en casa, lo enterraron en el patio. Alicia, la niña mayor, apesa-

dumbrada ella, fue la doliente que recibió los pésames de los mayores, en medio de la solemnidad de la sepultada de ese mico tropical.

El histrionismo de infantes, sin embargo, no opacó nunca la alegría con la que se criaron los Jaramillo Panesso, porque papá Antonio fue siempre muy cariñoso con sus hijos. Cuando salía de su trabajo, les compraba historietas en las que afinaron el gusto por la lectura. Los viernes, irremediablemente, los paseaba por el bosque de la Independencia, el punto de reunión de las familias clásicas de Medellín. Los sábados visitaban a las tías Jaramillo, en Itagüí. Almorzaban con ellas, y luego se iban para la biblioteca del Municipio. Los domingos en la mañana asistían a la retreta del parque de Bolívar; en la tarde, por hábito, caían al salón Astor, donde tomaban el “algo”. Al final, remataban la jornada en los cines Junín, Lido o Cinelandia –un teatro sobre la calle Caracas, en el propio parque, por la acera del Metropol–. Estos recuerdos de su hermana Alicia Jaramillo testimonian la infancia dichosa que las imágenes familiares prefiguran en los pequeños portafolios de instantáneas. De suerte que Jaime fue un niño feliz, con una sonrisa que le ha perdurado hasta en los momentos más difíciles.

Antonio Jaramillo fue magistrado del tribunal de Medellín y Santafé de Antioquia. Además, tuvo oficina en el centro de la ciudad. Como las Jaramillo también vivieron, en una época, en Sucre con Caracas, Jaime, de niño, no tuvo empacho en recorrer las que serían, después, en los años sesenta, sus calles predilectas de juergas y trajines políticos. En las veredas estrechas del casco histórico de la villa se ejercitó de andariego, como casi todos los muchachos de entonces, porque la capital se prestaba para el andorreo.

Los Jaramillo Panesso –Jaime, Raúl, Víctor, Alicia y Martha– vivieron la niñez en el barrio Boston, un lugar adonde llegaban las familias de clase media de los pueblos de Antioquia. Habitaron casi juntos, los tíos con los primos y los abuelos. Los separaba sólo una calle o una acera.

Así compartieron tertulias nocturnas y juegos sabatinos, más o menos hasta 1956, cuando don Antonio se fue con los suyos para el barrio Laureles, el naciente sector de las familias acomodadas de la época.

Ese carácter de cercanía hizo del clan Jaramillo Panesso, no obstante, seres independientes con sus vidas, pero atentos, cada uno, de la existencia de los demás. Una corresponsabilidad familiar que los mantiene unidos aún, y que en la adolescencia hizo que Jaime fungiera de tutor de Martha, la menor de sus hermanas, durante los días de escuela y en el bachillerato. La orientó en sus lecturas. Le entregaba libros que él mismo conseguía, para aficionarla a la introversión. Más tarde hizo lo mismo con la descendencia propia y con la de sus hermanos. Jaime leía a Camus, a Sartre, a los existencialistas, ensayos de tipo político. Eso sí, sus hermanas nunca lo vieron dedicado a la literatura colombiana, a pesar de que se conoció con Darío Ruiz Gómez desde 1954, una amistad que perdura, incluso a pesar de sus diferencias ideológicas y de los golpes bajos que muchas veces se propinaron. Sin ser concesivos el uno con el otro, han sido firmes en sus afectos, hasta el punto que los hijos de Jaime entroncan a Darío con los suyos. Le llaman tío. En las fiestas más familiares le reservan asiento.

En la infancia, Jaime siempre tuvo referentes de la ruralidad nuestra. Sin embargo, nunca añoró lo bucólico, aunque le han gustado los animales. Después, a sus propios hijos les acolitó siempre la posesión de mascotas. Todavía Alicia recuerda las tardes en las que Jaime mismo se enajenaba con una araña en la mano, hasta que el insecto lograba tejerle una red sobre la palma inocente. Un acto simbólico que, ya en la adultez, se compara con su esfuerzo de tejer el entramado de paz para Colombia.

IV.

“Pobre mi madre querida”.

[“Ficha de oro”. Enrique Dizeo - Carmelo Di Nápoli]

Mamá Alicia cantaba tangos. Antonio Panesso, Maruja Panesso, cantaban tangos juntos. De pronto, por ahí le vino la vena de arrabalero a Jaime. Cuando Antonio Panesso (el “Pangloss” columnista de *El Espectador* de los Cano, y de los años más gloriosos del periódico) venía desde Bogotá, el clan se reunía en tertulias que duraban toda la noche, y hasta el amanecer del día siguiente, cantando en jolgorios memorables de familia. “Los hombres cantaban todos muy bonito”, asegura Alicia, la hija. Álvaro y Raúl, hermanos, conocían la música clásica. La fiebre por el tango, que despertó la muerte de Gardel, influyó, igualmente, en la preferencia de Jaime por “la canción popular”. Durante los parrandeos de Boston, el joven copiaba las canciones en una libreta.

“Pangloss” contribuyó mucho en la formación de Jaime. Tíos y sobrinos amanecían alrededor de la mesa del comedor de la casa de Boston, charlando, cantando, queriéndose. La armonía intelectual era lo que acercaba a la familia Jaramillo Panesso con Antonio, el erudito. Gabriel Panesso, otro tío, fue un matemático de inteligencia maravillosa, igualmente cercano a Jaime. Gabriel trabajó en la Escuela de Minas.

Mamá Alicia nació en Sonsón. Antonio, Gabriel, Gustavo (abogado, residente en Bogotá), Ernesto y Maruja, fueron los demás tíos. Maruja Panesso, siendo ya bien mayor, ganó premio literario con un ensayo biográfico sobre Marco Fidel Suárez. Años después, su hijo David Jiménez Panesso ganó premio nacional de poesía, género que le vino por esa veta, seguramente. “Para escribir, para crear literatura, debe existir una estrecha relación con las bibliotecas, con los libros, con la Tradición.

[...] La escritura, los escritores, no provienen de casas sin libros”, sentenció Doris Lessing en su discurso de recepción del Nobel (2007). Y así es.

Ese entorno de llaneza, y de complicidad, entre los adultos y los jóvenes del clan y del barrio, hizo de Jaime un hombre muy amigüero toda la vida. Muy sociable, muy coqueto. Eso sí, muy bravo cuando se enoja, que son pocas las veces, por fortuna, afirman en coro sus hermanas Alicia y Martha.

Además, también lo influyó para asumir, desde muy joven, responsabilidades con sus hermanos menores, y ambiciones políticas en torno a las clases populares. Ellas recuerdan, por ejemplo, cómo de adolescentes fue Jaime quien las invitó a la conferencia del cura Camilo Torres en la sede de la Federación de Trabajadores de Antioquia (FEDETA), un órgano asistencialista de los obreros regionales. Ese día aún lo retienen con emoción. Y lo traen de paradigma para ilustrar el interés de su hermano mayor en la formación intelectual de los suyos. (De tío, años después, Jaime ejerció esa misma obligación con la sobrina Manuela, la hija de Martha, la hermana más cercana a sus afectos. Fue él quien la llevó, en la infancia, al circo, a la Casa Gardeliana, a sus tertulias literarias. Manuela tiene ahora veinticinco años. Estudió una maestría en literatura francesa, en Filadelfia, y realiza en Marruecos un doctorado sobre el tema, combinado con el aprendizaje del árabe, lengua precisa para enriquecer el estudio de la literatura universal).

Alicia y Martha recuerdan vívido el cuadernillo del Cura Torres, con las anotaciones de la plataforma ideológica que exponía, y con la que se soñaba el cambio del país arcaico e injusto que vivían por entonces los colombianos. Camilo fue la expresión de rebeldía social de la época. Estar con él, en ese momento, era rasgo manifiesto de aceptación con aquella guerrilla idealista de los años sesenta. No lo ocultan ellas, ahora, y no lo pudieron ocultar quienes así lo percibieron en sus luchas primigenias por la justicia entre los hombres. “Después de la charla, una quería oír

más a Camilo, saber más profundamente sobre lo que pensaba”, recuerda Alicia, que hizo la primaria en La Presentación, un claustro de monjas decimonónicas, mientras Jaime la hizo en otro peor, el colegio jesuita de San Ignacio, un colegio para niños de élite en Medellín. Por eso tiene estructura ignaciana, asegura Alicia: personas críticas, de capacidad para la contienda social, para el debate ideológico.

Aun así, con formación piadosa en la infancia, en el hogar de Antonio y Alicia no obligaron a sus hijos a ser devotos. Jaime estudió hasta 5º de bachillerato en aquel colegio, pero luego se vio obligado a trasladarse para el liceo de la Universidad de Medellín, porque desde aquellos tiempos se percibía agnóstico, aunque nunca renegó del Catolicismo. Todos sus hijos fueron, luego, bautizados en la iglesia Católica.

De los hijos, Víctor fue el preferido de Antonio Jaramillo. Pero Jaime fue el garante de la seguridad de los hermanos, hasta el punto que el papá le enseñó a manejar armas de defensa personal: revólver y pistola. Mamá Alicia guardaba pistola en casa, para protegerse de los ladrones que saltaban por las tapias. Siempre tuvieron armas para defenderse. La mamá tenía una de calibre 25. Jaime todavía la recuerda con el gatillo pavonado, cacha de nácar, “muy lindo”, asegura él, sin temor a traicionar su memoria. El papá, en cambio, enfundaba un revolver 32. “Los revólveres son muy seguros, las pistolas son muy peligrosas, por lo sensibles. Se disparan fácil”, dice Jaime, con el conocimiento que tiene del asunto. El que Antonio le hubiera enseñado a cuidar armas dice de su responsabilidad paterna. “Lo contrario, sí es irresponsabilidad, porque un niño peligra cuando no sabe para qué sirven esas armas”, afirma Jaime. Ya mayor, también aprendió a manejar otro tipo de armamento.

Jaime casó a los diecinueve años. “Se enamoró muy joven”, dice su hermana Alicia. Y se matrimonió por la presión del suegro, asegura el mismo damnificado. Decía el señor que un noviazgo de tantos años no podía permitirse. “Bruto que es uno”, se repite Jaime, a muchísimos años de ese

primer suceso. Y traga un sorbo de whisky, como si estuviera empujando con él otra copa amarga. “Uno en política se enreda mucho con mujeres”, dice. Por eso es mala profesión para los maridos que quieren la beatitud.

Cuando Jaime se casó, estudiaba Economía. El suceso de amor lo obligó a trabajar y a estudiar al mismo tiempo, y lo hizo en la misma Universidad Autónoma Latinoamericana que él mismo ayudó a fundar, en una escisión política a la que se vieron impelidos en otra universidad liberal, la Medellín.

En todo caso, Jaime trabajó desde joven. Al principio, vendió “Totogol”, en El Palo con Maracaibo, los sábados en la noche. Tenía chaza para vender la suerte tramposa a sus clientes, porque saber los resultados de los partidos de fútbol en Colombia es un imposible metafísico: ¡con esa convicción de derrotados con la que juegan todos esos muchachos nuestros! Luego se puso a ensamblar radios de tubos, con soldadura de plomo, en Radiópolis, un almacén que estaba cerca de la esquina de los suicidas del antiguo Palacio Nacional. En la misma carrera Carabobo, vendió tijeras, barberas y navajas de la marca alemana “Solingen”, en un almacén del tío de un amigo de la barra de Boston.

A los diez años, Jaime recibió los primeros honorarios de su vida, por cantar en el coro de la iglesia de Boston. Le dieron cuatro o cinco pesos por su trabajo durante la Semana Santa. El coro acompañaba las procesiones del colegio del Sufragio, en el recorrido por las estaciones del maestro Gonzalo Vidal. Ese aprendizaje le sirvió, después, para entonar milongas y tangos en los cafetines preferidos y en las parrandas de amigos, de donde salían enamoradas, en la noche, tanta mujer perdida.

Estrenando matrimonio, volvió a interrumpir los estudios de Ciencias Administrativas para trabajar en la organización Corona, con sede en el municipio de Caldas. La nueva obligación de marido lo forzó a la decisión. Vinculado a Corona, realizó cursos de ingeniería industrial,

donde aprendió de tiempos, movimientos y planeación de producción, tanto en loza como en baldosines y cristanac, para fondos de piscinas.

Cuando descubrieron en la empresa de los Echavarría que Jaime ejercía actividades políticas en la Universidad, y que inducía a los primeros acercamientos con los trabajadores, lo despidieron sin contemplación. Estos acercamientos con los obreros los promovía sin el apoyo de la Federación de Trabajadores de Antioquia (Fedeta), lo que le ganó la animadversión de los dirigentes comunistas ortodoxos. Jaime pensaba, entonces, que la pequeña burguesía debía estar al servicio del proletariado.

Mientras trabajó en el municipio de Caldas, viajó en el bus de la empresa durante cerca de tres años. Todos los días madrugaba para estar a las cinco de la mañana en la fábrica. A las cinco de la tarde regresaba a Medellín, para continuar sus estudios.

Cuando lo expulsaron del trabajo en Corona fue a dar con su juventud a una bomba de gasolina en Moravia, que su amigo Joaquín Pérez surtió para colaborar con el prosélito desempleado. Jaime administraba la estación de servicio, al mismo tiempo que se turnaba con el socio capitalista, para la vigilancia de un parqueadero, que también organizó Pérez, su compañero de tertulias y tragos por aquellos años. La ocupación le duró cerca de ocho meses, cuando fracasaron por las razones más simples: no conocían el negocio. Además, se bebían las pocas ventas en las noches.

En este peregrinar de joven en busca de empleo, llegó a la Contraloría General de Medellín, apadrinado por Jaime Sierra García. El primer empleo oficial que tuvo. Lo nombraron Auditor de la Empresa de Buses Municipales, esos vehículos grises, grandes, ñatos, que viajaban de un extremo a otro del Medellín de los sesenta. Los habitantes de Aranjuez, Manrique y Campo Valdés viajaban con un tiquete hasta el Estadio y La Floresta. “Me entregaron la auditoría, pero nadie me enseñó nada sobre el asunto. No sabía qué hacer en el cargo, me la pasaba contando,

todas las tardes, la menuda con la que pagaban los pasajeros. Así se estaba acabando la Empresa”, dice Jaime, al evocar esos tiempos.

Su padrino Jaime Sierra era, por esos días, un dirigente socialista del grupo de Antonio García. Todos sus amigos se agrupaban en el llamado Partido Socialista Colombiano. Por esta vía conoció al mismo Antonio García Nossa, el más importante pensador colombiano y uno de los mayores de América Latina en el siglo xx, según los estudiosos de las ciencias sociales.

También, por esa época, conoció a don Leonardo Nieto, un comerciante argentino que promovía a Medellín entre sus paisanos, desde su Salón Versalles, el más famoso punto de encuentro social e intelectual de la ciudad durante varias décadas. El Salón todavía permanece en el costado occidental de la carrera Junín, sobre la calle Caracas, pocos metros antes de desembocar al parque de Bolívar.

Como Jaime se aburría de burócrata en la Contraloría, por sugerencia de Leonardo Nieto se puso a vender las cuerdas de guitarra que el bonaerense importaba como otra de sus actividades comerciales en Medellín. Esas cuerdas duraban mucho, recuerda Jaime, lo cual era malo para el negocio. Nada puede durar para que el surtido rote bastante. En su nuevo empleo, Jaime se caminaba Cúcuta, Bolivia, Carabobo, la avenida Primero de Mayo, todo el casco histórico de la ciudad por donde se ubicaban los cantantes callejeros, con sus guitarrones, vihuelas y requintos. En los almacenes de instrumentos musicales de Guayaquil conoció a los guitarristas y cantantes populares.

En sus rodeos por la avenida Primero de Mayo y la plazuela Nutibara se hizo amigo de tríos y duetos. Llegó, incluso, a redactar los estatutos del CAMC, el centro artístico que los agrupó, con el propósito de defenderlos del desalojo del cafetín que ocupaban por aquellos tiempos, con su oficio de serenateros. Fue la manera, sin embargo, como se hicieron a su propia sede, en Ayacucho con Palacé, logrando la organización

del gremio, con el control total de su negocio: la música y el trago, artificios con los que llenaron de ilusiones a Medellín. Todo novio y marido que se respetara, llevó cantatas nocturnas a su mujer. Ocurrió en los primeros años de la década del sesenta.

En 1966 se formó la Universidad Autónoma Latinoamericana, y aunque Jaime no estuvo en el acta de fundación, porque estaba detenido, sí fue, luego, miembro importante en la constitución del claustro. Jaime estaba recluido en una inspección por el mismo motivo de siempre: las autoridades presumían que era uno de los instigadores y promotores de los paros continuos que se realizaban en esos años. En aquella ocasión, salió de la cárcel y se inscribió en Derecho, en la naciente Universidad, porque en la Medellín, que había surgido como una escisión de intelectuales liberales, no le volvieron a recibir la matrícula de estudios. Ahora, dice con la tranquilidad de haber acertado en el camino escogido, le agradece mucho a la Universidad que no le haya recibo el pago de sus derechos de estudiante.

En la Universidad Autónoma recaló bien. Le dieron el cargo de Secretario de Actas y Relaciones Públicas. Le pagaban sueldo de profesor de sociales y literatura en el Liceo, y estudiaba, a la vez, en la facultad de Derecho. Así le llegó su condición de “Socio fundador honorario”, otorgada por la Asamblea General de Fundadores. Trabajaba bajo la figura de “tiempo requerido”, una categoría que no existe en el derecho laboral, pero que las condiciones del claustro recién fundado, y el compromiso con la academia, les exigía a los fundadores.

En los primeros años nadie le cobró nada a la Universidad. Todo se reinvertió en la compra del colegio de las monjas de La Enseñanza, un local espacioso en la manzana de Cúcuta con Ayacucho. Aquella edificación, la mitad de una cuadra de tierra en pleno centro de Medellín, y en la que estuvo situada la casa republicana donde vivió el héroe de la Independencia José María Córdoba, valió por la época cuatro millones de

pesos. Las monjas habían derruido el aposento del héroe para construirse ese monasterio y colegio de muchachas.

Cuando llegaron los profesores y estudiantes a la Universidad libertaria de la Autónoma Latinoamericana, aquello era un arrabal de Medellín.

V.

“Y, entre su amor y las cosas
que adornan toda mi suerte,
temo, nomás, que la muerte
me saque de ese rincón”.

[“Nobleza de arrabal”. Homero Manzi - Francisco Canaro]

De adulto menor (habría que decir), su vida fue un círculo: asesor sindical, docente, litigante del Derecho Penal y Laboral, y prosélito de causas nobles. Ya de adulto mayor, Jaime devino en ese oficio vaporoso de apóstol de la paz y la conciliación entre los guerreros. Menos benévolamente: de los criminales de los últimos años.

Jaime, de joven, repitió el ciclo de su padre: también llevaba a sus niños a la retreta dominical del parque de Bolívar. Vivía, por la época, en Manrique: primero, sobre la calle 72 con la carrera 45; más tarde, en la falda de la calle “Ecuador”. Finalmente compró “casita” (así dice en su nostalgia de setentón) en “Moore” con “Ecuador”. Sucedió todo ello entre los años 1961 y 1972. En esa calle empinada de “Ecuador”, lo conocí. No recuerdo ahora cómo ni por qué, pero sí veo en la memoria, todavía, esa su casa gris, en el segundo piso, con escaleras externas, y un patio de cemento en lo que fue el jardín delantero, cerrado con verjas de hierro,

en el primer nivel. Subiendo por “Ecuador”, su residencia estaba a la izquierda, dos o tres locales antes de la esquina. Casi vecinos, yo siempre pasaba por allí, camino a la mía, en la calle 76 con la carrera 47, el Campo Valdés sereno de los inmigrantes del campo.

En esa etapa de su vida conoció a Camilo Torres. El testimonio del libro *Foto Repórter*, página 102 [Gobernación de Antioquia: 2000], lo prefigura en esas veleidades. Y fue ése, quizá, el germen que lo llevó, luego, a la ANAPO pintoresca del general Rojas Pinilla (detrás de la cual estuvo después el M-19), y en donde tuvo la doble militancia con el compañero Carlos Toledo Plata: en la Cámara de Representantes, y en el grupo subversivo. “La ANAPO era un partido con las estructuras leninistas y las ideas de mi General”, repasa en su recuerdo.

Siendo aún estudiante de bachillerato, Jaime organizó o ayudó a la conformación de los sindicatos de Empresas Públicas, Siderúrgica de Medellín y Coltabaco. De lleno en aquellas intrigas gremialistas, fungía de empleado del Sindicato de la Siderúrgica, en el cargo de Secretario Ejecutivo. Tal vez el único Secretario Ejecutivo en la historia del sindicalismo colombiano, con pinta de niño bien, rasurado diariamente, de incipiente calva y antiparras de carey, manos delicadas y antebrazos velludos que enamoraban a las muchachas de Boston. Su reloj de manila de cuero lo distinguía de la turba de obreros desmañados de mitad del siglo.

De forma decidida, los sindicatos de la época eran organizaciones muy embrionarias que competían, en aquellos tiempos, contra el aparato fundamentalista del Partido Comunista, bastante fuerte entre las bases obreras de los años sesenta. Todos los nuevos sindicatos caían, de alguna manera, en las tendencias marcadas por las asociaciones sindicales que dirigían los “mamertos”, agrupados en la Federación de Trabajadores de Antioquia (FEDETA), en el Departamento, y en lo nacional, en la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CTSC).

Esa década estaba plagada de maoístas, trotskistas, estalinistas y socialistas enceguecidos por el odio de clases. En cambio, a los anapistas los distinguía su nacionalismo, su prédica del socialismo latinoamericano que les inculcaba Antonio García, y que posteriormente, diez años después, devino en el “socialismo a la colombiana” que predicó Jaime Batemán Cayón y su gente del “eme”. “Un sancocho nacional”, decían algunos. Algo así como “la tercera vía” que puso de moda Tony Blair en Inglaterra, y que en Colombia acogió el tahúr Juan Manuel Santos, como una opción de centro. Esa postura les confirmó a los seguidores de Antonio García, años más tarde, al final de sus vidas, que sus convicciones juveniles fueron las más acertadas de aquellos momentos de alborozo y esperanza colectivos.

Mirado con la lupa de la distancia, Antonio García fue el maestro que entonces los guio en aquellas batallas decisivas para el futuro de Colombia, un iluminado, lleno de experiencia teórica y capaz de vislumbrar los mejores caminos para la Patria, pero un ser incapaz para la organización de un partido. Antonio organizaba grupos académicos, viajaba mucho. Asesoraba a los gobiernos de Velasco Alvarado, en el Perú; a Salvador Allende, en Chile, al MRL, en Bolivia; a otros organismos internacionales que tenían que ver con los asuntos de la reforma de tierras para los campesinos. También, por fuerza tenía que salir de continuo de Colombia, por las amenazas a las que era sometido, o por invitación de las entidades multilaterales asesoras de gobiernos.

Cuando Jaime y ese grupo de estirpe socialista llegaron a la ANAPO fueron bien recibidos por el jefe regional Jaime Piedrahita Cardona, porque comenzaron a refrescar, a renovar un partido bastante conservador, lleno de prosélitos bullosos, pero alentados por viejos irredentos y banderizos, provenientes de las dos colectividades que por herencia manejaban el país: el Liberalismo y el Conservatismo. Como la Nación, la ANAPO también se dividía en ambas alas. El grupo de

socialistas antioqueños liderados por Jaime Jaramillo ingresó al sector liberal del partido caudillista, en donde ya peroraba el médico Hernando Echeverri Mejía.

La ANAPO surgió en 1962, cinco años después de la caída del general Rojas Pinilla, y del juicio del Congreso de la República, que lo condenó “por indigno”, y a su ingreso al exilio, en la República Dominicana del dictador Rafael Leonidas Trujillo. Ese mismo año participó en las elecciones, ocupando el cuarto lugar en las preferencias nacionales. En Antioquia, el vocero de la cauda, Jaime Piedrahita Cardona, había sido secretario del gobernador Pío Quinto Rengifo, durante la dictadura del General.

Los socialistas antioqueños llegaron al movimiento con Antonio García, por la vía de la amistad con Jaime Sierra García. Este abogado liberal ocupaba entonces, desde su oficina en el centro de Medellín, un lugar de convocación de jóvenes prosélitos. En sus tertulias, maestros como García los adoctrinaban en los temas que bullían en el ambiente latinoamericano: la revolución cubana, la reforma de la tierra, la lucha por el poder. Sierra García militaba con estos socialistas en aquellos tiempos de 1968, cuando en masa se volcaron sobre la ANAPO.

En 1970, en las elecciones que decidieron buena parte de la vida de dolor y sangre que vivió Colombia en estos últimos treinta años, la ANAPO regional llevó a las corporaciones a hombres surgidos de aquel corro de estirpe socialista. Israel Santamaría¹ obtuvo escaño en la Cámara de Representantes, Orlando “El negro” Durango llegó al Concejo de Medellín, con la primera suplencia de Jaime Jaramillo Panesso, quien fue, además, el jefe de debate de la capital antioqueña.

¹ Israel Santamaría estudió Derecho en la Universidad de Antioquia. Nació en Jericó, Antioquia. Su origen fue clave en sus andanzas posteriores con el M-19, en el suroeste del Departamento. “El negro” Durango también era abogado.

Hubo otro que también se conoció por su origen anapista: Gilberto Zapata, un hombre popular y bonachón que después dio origen a un movimiento que se confundió más por el periódico que editaba con el mismo nombre que por las multitudes que alentaba: “Medellín cívico”, medio que promovió, una década más tarde, la tarea social del narcotraficante Pablo Escobar. Gilberto Zapata y José Gaviria, hermano del papá de José Obdulio, fueron quienes de forma quijotesca animaron aquel panfleto político que, de alguna manera, fungió también de vocero de las mayorías del Caudillo en Antioquia.

En esa lucha partidista los acompañó, igualmente, Argemiro Jaramillo, un abogado de pocos negocios, orador de plaza, que se pasaba largas horas de ocio en los bares Zoratama y La Bastilla, del centro de Medellín. Como a muchos otros que vivían de su “verbo” y de su encanto personal, a éste lo sostenía su esposa, enceguecida por la luz de sus palabras. “Argemiro era una especie de romántico, de familia numerosa, bondadoso, bueno él. Inofensivo. Cada vez que había paros, Argemiro era uno de los organizadores”, recuerda Jaime. Israel Santamaría, Alirio Urrego (sindicalista y concejal de Medellín), un muchacho de apellido Moreno (presidente de los trabajadores de Coltabaco), el mismo Argemiro, eran miembros del ala socialista del Comando Regional de la ANAPO en Antioquia.

La llegada del grupo de rebeldes a la organización fue enriquecedora para todos ellos, tanto personal como colectivamente: el ingreso a la ANAPO les ayudó a salir del gueto de la oposición culta. Entró esa judería marginada de la ciudad a hacer política desde un partido organizado, incluso a sabiendas de que era una agrupación caudillista, por el prurito del sentido superior que les dictaba la orden de la militancia. El anapismo era un río que no alcanzaban a controlar. “En 1970, nosotros sacamos el grupo mayoritario en el Concejo, pero no respondió monolíticamente, porque las listas de entonces eran un relleno de gente incapaz

a la que desbordó las responsabilidades políticas de un partido serio”, afirma Jaime, al rememorar esos días de jolgorio colectivo, pero abierto a las incertidumbres que dan las loterías.

Cuando llegaron al Concejo de Medellín, los carniceros, loteros, choferes, desempleados..., los nuevos ediles de la avalancha desorganizada que se les vino con los millones de votos populares, no pudieron con su ego. Al lado de la chusma novata en la Corporación, se sentó también Carlos Ardilla Lülle, el concejal de la élite goda liberal. El empresario, para romper el bloque monolítico del tercer partido, invitaba a su finca del Poblado, “Yerbabuena”, a esta clase emergente de voceros populares. Allí, el industrial ahogaba en finos licores y viandas de oligarca a la taifa de la corporación. Literalmente, Ardilla los arrojaba a la piscina de la casa campestre, después de asfixiarlos en whisky y comida. Desbordados por “la nueva vida social”, al lado de Ardilla y su élite, de esta forma lograron dividirlos en el Concejo. El resultado, obviamente, fue la catástrofe. Porque como los pobres y la izquierda nunca se preparan para gobernar, cuando por suerte les toca, actúan de la misma manera que los emergentes de la droga: despilfarrando la fortuna que por momento les trae la vida.

Cuarenta años después, Jaime recuerda todavía el espectáculo circense. En lo más profundo de su piel, siente pena por las posibilidades malogradas de aquella gente. Para completar el cuadro de desastre político de la ANAPO, Jaramillo fue postulado, en aquella ocasión, para candidato a la Contraloría General de Medellín, lo que radicalizó más al grupo. A los viejos conservadores anapistas se les despertó los celos con el intelectual recién llegado al partidismo. Aun así, pese a las rivalidades internas, Jaime los representó en algunas juntas de institutos y secretarías: EPM, Hacienda, Educación. Por acuerdo del Partido, también llegó al Concejo, en donde se dio a la tarea de dismantelar el órgano del detectivismo local, el Departamento de Orden Ciudadano (DOC),

cuerpo tenebroso y corrompido, como han sido tradicionalmente esas dependencias.

Su batalla moralizadora le trajo la consecuencia del atentado de 1971, del que guarda todavía una bala incrustada en la cadera izquierda. Dos matones le dispararon a quemarropa, cuando salía de la Universidad Autónoma Latinoamericana, donde estudiaba Derecho y trabajaba como Secretario. El suceso causó conmoción en Medellín, porque Jaime ya era un referente de las discusiones políticas en el medio, y porque ese claustro actuaba de catalizador de las manifestaciones de rebeldía estudiantil contra el establecimiento burgués.

Esa noche, Jaime logró salir herido del vehículo en el que iba, y corrió sobre la calle Ayacucho. A los metros, cayó al piso y uno de los criminales lo alcanzó. Cuando lo iba a rematar, mirándolo a su rostro inocente, el revólver ya no tenía tiros. El sicario los había gastado en la persecución a su víctima. Al verse sin munición, y tras los gritos de los estudiantes que ya corrían en auxilio de Jaime, salió huyendo. La bulla de los compañeros y de los transeúntes de la calle lo protegió aquella vez de la primera muerte que los enemigos de la democracia le decretaron, por sus arrebatos de civilista.